

La felicidad en el crimen

El “pelotón de la muerte”: el mal como imperativo kantiano en la política moderna*

*Andrés Méndez Escorza***

Resumen

La política moderna, sustentada por el discurso científico, busca erradicar el mal y promete el *supremo bien*, obturando el deseo. El caso que se expone a continuación es uno de los muchos que lamentablemente se pueden encontrar a lo largo de la historia y geografía mexicana. Las desapariciones, cateos sin orden judicial, robo de dinero, decomiso de autos, almacenamiento de armas y droga, caracterizan a este destacamento (el *pelotón de la muerte*) con permiso para matar. Los testimonios de los inculpados, que apelan haber obedecido órdenes, abren la discusión de lo que sucede cuando se exagera el imperativo kantiano. Esta postura, llevada al espacio político-institucional, no los exime de la culpa, en tanto que cedieron ante su deseo. Que se puede estar bien en el mal, cuestiona a la ética tradicional. El artículo hará un recorrido filosófico-literario por los litorales del bien y del mal, arribando al puerto del descubrimiento freudiano.

Palabras clave: el bien y el mal, modernidad, deseo, obediencia, moral.

* Se omite el nombre de los involucrados en este caso, aunque de dominio público, por respeto a las víctimas y porque para el artículo interesa solamente la argumentación testimonial de algunos elementos del pelotón durante el juicio. El interés de la teoría psicoanalítica es hacer emerger las consecuencias de los deberes incuestionables, como condición de posibilidad del mismo psicoanálisis. Si se desean los pormenores del caso, se dejan las referencias correspondientes para su libre consulta.

** Maestría en Teoría psicoanalítica. Correo electrónico: [mendezescorzaandres@gmail.com].

Abstract

Modern politics, supported by scientific speech, seeks to eradicate evil by promising the *supreme good*, obstructing desire. The case presented below is one of many that, unfortunately, can be found throughout the history and geography of Mexico. Disappearances, searches without a warrant, money theft, car confiscation, and storage of weapons and drugs, are traits of this squad licensed to kill. The defendants' arguments of following orders open the discussion of what happens when the kantian imperative is exaggerated. Taken to the political-institutional space, this position does not free them from guilt, as they gave up into their desire. That can we be good on evil, question traditional ethics. In this article we will make a philosophical-literary journey along the coastlines of good and evil, arriving at the port of the freudian discovery.

Keywords: good and evil, modernity, desire, obedience, moral.

*Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes.*
César Vallejo.

Preludio

“Todas las órdenes que se recibían deberían ser cumplidas [pues] venían directamente del Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas [Calderón]” (Proceso, 2013b). Este relato se encuentra en el expediente de juicio de amparo 15/2010, y establece el antecedente de que existieron órdenes comandadas, desde la presidencia, que derivaron en el homicidio y desaparición de siete personas, tortura, abuso de autoridad, entre otras ilegalidades, por el llamado “pelotón de la muerte”.

La “vida” y lo “viviente” son los retos de las nuevas luchas políticas y de las estrategias económicas, así lo advertía Foucault en la década de 1970 con el concepto de biopolítica. El poder ejercido en

el gobierno, instaurado en la protección a la sociedad, se desdobra en tanatopolíticas, las cuales deciden sobre la vida de unos y la muerte de otros. La forma en que se ejercen las leyes no concierne por igual a todo el mundo, hay diferencia en la aplicación en lo político y civil. Las leyes fueron hechas por algunos y recaen sobre otros menos afortunados (Foucault, 2005:281). Crear cuerpos dóciles será fundamental para la empresa que quiere acometer el poder político, por medio de la disciplina que imponen la Iglesia, la escuela, la fábrica, la prisión y el ejército, para que la moralización se solidifique, no simplemente para que se actúe como se desea, sino para que se opere como se quiere. La disciplina aumenta la fuerza del cuerpo, en términos de utilidad laboral, pero disminuye su fuerza en términos políticos de obediencia (Foucault, 2005:141-142).

Casos como éstos, producto de una forma de hacer política en la era contemporánea, permiten abrir la discusión sobre el mal y la manera en que el psicoanálisis teoriza sus condiciones de posibilidad a nivel de la estructura subjetiva; y convocan al debate sobre la forma de instaurar un límite, al avance feroz del goce de la pulsión de muerte.

Se puede estar bien en el mal. Puede haber satisfacción en el mal. Para ordenar estas afirmaciones, primero será necesario referir ciertos acontecimientos teóricos, breves, sobre la noción del mal, empezando por la filosofía, la ética, la ciencia darwinista y la psicología. Este proceso permitirá señalar el viraje de la propuesta freudiana, en relación con su lectura del mal como inevitable, y posicionará al psicoanálisis como el heredero de un movimiento que pone énfasis en la inexistencia de armonía en la vida humana. En los siglos XIX y XX se bosquejan las condiciones para el surgimiento del Otro del discurso de la ciencia.

Antecedentes histórico-filosóficos del mal

En este artículo nos preguntamos si es suficiente con tener un conocimiento descriptivo para ser capaz de distinguir entre el bien y el

mal, si basta con la voluntad para ejercer la conciencia moral, ¿qué lleva al sujeto a obedecer órdenes contrarias a la moral social sin oponerse? Al buscar una definición, leemos que el bien y el mal:

son los conceptos más generales que dan pauta para justipreciar desde el punto de vista de la moral los actos de la conducta y de un hombre en lo individual, la actividad de grandes grupos humanos, de las clases, y también en cierto sentido, los grandes acontecimientos históricos (Blauberg, 1975:31).

La filosofía, como madre de todas las ciencias, abunda sus meditaciones hacia los conceptos de bien y mal, y aporta las mayores reflexiones sobre esas conductas, pensamientos o deseos que desarmonizan con las convivencias sociales, elevándolas al grado de injusticias. Cicerón, por ejemplo, en el libro *Del supremo bien y del supremo mal*, define al primero como lo placentero y relaciona al segundo con todo lo que genere dolor. En ambos casos no se limita a lo físico; bien y mal también pueden responder al ámbito del alma, al perturbarla o agradarla con algún recuerdo, pensamiento o imagen que produzca dicho efecto. Cicerón con su bella, simple y lúcida prosa, busca explicar siempre las virtudes placenteras y evitar lo que cause displacer, como consigna para todo hombre; sin embargo, a las escuelas del pensamiento postsocráticas, por su naturaleza, les costó considerar un punto medio que apele a lo racional, sin el sostén del puro instinto, ya que en algún momento un objetivo en el quehacer humano puede considerar al dolor como útil para alcanzar un beneficio mayor; por ejemplo, ejercitarse, que requiere en un inicio del dolor para posteriormente obtener un beneficio mayormente placentero (Cicerón, 2015). Sócrates asocia el mal con la ignorancia; Platón argumenta que el mal sólo se genera en el mundo sensible, porque ideas como la del bien son perfectas, inmutables y positivas.

De ahí, todas las filosofías, desde Tomás de Aquino a Sartre, tejerán sus concepciones sobre el mal y, en consecuencia de su antagónico, el inseparable y necesario concepto del bien. Rousseau (2015), por ejemplo, considera a la naturaleza humana como la cuna de la bon-

dad y a la sociedad como corruptora del buen salvaje. La propuesta nietzscheana sobre la transmutación de todos los valores, en obras como *La genealogía de la moral* o en *Más allá del bien y del mal*, sostiene que la voluntad de poder y el vitalismo dionisiaco superarán a los valores heredados de la moral judeocristiana.

La ética advierte la limitación de los conceptos; por ejemplo, lo “bueno” para una persona desde el punto de vista de la salud, no necesariamente lo es para otro desde el punto de vista del ahorro al comprar un producto. Al tomar un sentido absoluto, dichas nociones hacen que las afirmaciones se relativicen, que dependan de la cultura, la época, el estrato social y la forma en que se usan las palabras. La ética resolverá su postura al definir el mal como la condición negativa en el hombre que indica la ausencia de los principios morales básicos que afectan su empatía con el entorno en el que se desenvuelve.

Si elegir lo bueno es afirmar y reforzar lo que somos, exaltar nuestra condición en su complejidad y aun buscarle nuevas posibilidades, la opción por lo malo supondrá desmentirnos, disminuirnos y mutilarnos voluntariamente, rebelarnos contra lo que somos y quiénes somos (Savater, 2004:67).

Lo siguiente sería detenernos a explorar si el sentido moral tiene un origen biológico-darwinista. Para ello debemos considerar que la implementación de las especies para su sobrevivencia ha tenido que privilegiar el intercambio, como condición de dependencia con otras especies. En este proceso de ofrecer un beneficio para obtener lo mismo a cambio, el humano no podía ser la excepción, así que adopta un sistema de trueque para ser beneficiado y subsistir; como en el altruismo recíproco, donde se privilegia un acuerdo de responsabilidad inconsciente con los que nos rodean. Más adelante, en la evolución cantada por el pasado darwinista, el lenguaje humano permitirá no atenerse a la experiencia negativa para saber qué tipo de intercambios son los convenientes. La palabra creará una condición en donde se puede aprender de la acción verbal por narraciones y experiencias ajenas y los genes aseguran su sobrevivencia influyen-

do en los organismos para comportarse de forma altruista, el gen que programa beneficia a los linajes genéticos, hasta que el altruismo familiar sea la norma, aumentando la probabilidad estadística de compartir copias de los mismos genes. Animales como el pájaro carpintero o el topo calvo han evolucionado al acostumbrar que el hermano mayor cuide al menor. En resumen, las razones darwinistas para que los individuos sean morales son: el parentesco genético, la reciprocidad (recibir, devolver favores) y el beneficio darwinista de ganarse una reputación de generosidad y amabilidad (Dawkins, 2012:227-237). Esto puede explicar cómo, desde nuestros ancestros prehistóricos hasta nuestros días, la carga genética heredada nos lleva a percibir como “buenos” a los integrantes de nuestro grupo y, al mismo tiempo, serán vistos como “malos”, incluso hasta la xenofobia, para colectivos del exterior. Sin embargo, dejarle todo a lo biológico no es suficiente para responder nuestra interrogante.

El “pelotón de la muerte”

Como consecuencia de la declarada guerra al narcotráfico, en el sexenio calderonista surge un grupo dedicado a hacer tareas de combate al crimen organizado, un grupo de mandos militares y soldados pertenecientes a la Tercera Compañía de Infantería No Encuadrada (CINE), en Ojinaga, Chihuahua. Una CINE es una unidad del ejército que no depende de una unidad superior, por ejemplo, un batallón; es una unidad independiente, fuera de la legalidad.

Era la tarde del 22 de junio de 2008, el camino era de terracería ubicado entre Mulatos y Ojinaga. A tres meses de haberse puesto en marcha el operativo conjunto *Chihuahua*, dicho pelotón patrullaba la zona cuando los militares advirtieron a un civil en cuatrimoto, vestido con pantalón amplio de mezclilla, playera blanca sin mangas y rapado. De acuerdo con el protocolo, dieron aviso a la patrulla urbana del ejército del municipio. De regreso a la CINE, se encontraron nuevamente con el civil; detuvieron la marcha del vehículo en el que patrullaban (una camioneta Lobo de cabina y media, asegu-

rada a narcotraficantes y sobrepintada de verde militar), alumbraron al sospechoso, lo detuvieron y al catearlo lo identificaron como un Azteca, brazo armado del cártel de Juárez, señalado también como responsable en el intento de secuestro del hijo de uno de los cabos del agrupamiento. En ese instante lo llevaron con los ojos vendados a la casa del matrimonio, donde fue identificado como el responsable de dicho intento de secuestro. Posteriormente fue llevado a la CINE con la intención de “trabajarlo” para que diera el nombre de su jefe, cómplices y la cantidad que le iban a pagar por efectuar el secuestro. El mayor del pelotón le comentó al teniente que de ser posible lo matara, “según el relato que hizo el sargento conductor a la justicia militar en la causa penal 1982/2009” (Proceso, 2013a).

Cerca de las cuatro de la mañana, después de torturar al retenido, el grupo se apresuró a conseguir 60 litros de gasolina; de acuerdo con los involucrados, se les había “pasado la mano” con el sospechoso. Tomaron la carretera hacia Camargo y después de más de una hora de trayecto, entre los vericuetos de los ranchos de la entidad, detuvieron la marcha en unas galeras de madera y lámina, bajaron el cuerpo, lo rociaron con combustible y le prendieron fuego, esperaron entre cinco y seis horas para que se consumiera el organismo hasta los huesos, subieron las cenizas y con la ayuda de palas las dispersaron por el camino.

El “pelotón de la muerte” fue llamado así por el ministerio público militar, al determinar las supuestas operaciones del escuadrón, documentadas en el expediente judicial del caso, de realizar cateos sin orden judicial, robar dinero, decomisar autos, reparto de dinero, almacenar armas y droga, para después ser “sembradas” a algún detenido. El caso pone en alerta a una andanada de transgresiones a la ley, por un conjunto de soldados y oficiales que actuaban como un grupo armado para combatir al crimen organizado con licencia para matar, amparados por el argumento de sólo haber obedecido órdenes (Cadenademando.org, 2019).

De Eichmann hacia la obediencia a la autoridad

Nuestras indagaciones girarán en torno a Kant y su libro *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* por establecer el paradigma moderno de la moral social, lugar en el que se invita a la razón pura a obrar “como si tu máxima fuese a servir al mismo tiempo de ley universal [de todo ser racional]” (Kant, 2010:56), suspendiendo emociones como la compasión, la piedad, el amor, el temor, etcétera. La razón, que es inapelable, será la base del imperativo categórico moralmente necesario, por siempre dar el ejemplo, sostén de la adecuada convivencia social, por tanto, universal y para todos.

No hay nadie, ni tan siquiera el peor de los malvados, con tal de que por lo demás esté acostumbrado a usar la razón, que, si uno le presenta ejemplos de honradez en los propósitos, de constancia en el seguimiento de buenas máximas, de compasión y de benevolencia universal [todo ello asociado con enormes sacrificios de provecho y sosiego], no desee que él pudiera ser asimismo tan bienintencionado (Kant, 2010:72).

Responder desde la razón práctica puede ocasionar un replanteamiento del imperativo kantiano, sobre todo si hablamos de regímenes totalitarios. Acontecimientos históricos tan lamentables como el Holocausto son ejemplos de las preguntas que se vienen formulando: ¿es suficiente con saberse consciente de los extremos conductuales del bien y el mal, para ser una persona que se relacione en sociedad moralmente? ¿Es la razón suficiente en el hombre para regir su pensar y por consecuencia su actuar? Hannah Arendt, en el libro *Eichmann en Jerusalén, un estudio sobre la banalidad del mal*, analiza las consecuencias del mal cuando se exagera el imperativo kantiano y se coloca en el espacio político-institucional, creando las condiciones para justificar la violencia, la discriminación y el asesinato en nombre de un bien mayor, universal, como verdad absoluta, y se trivialice la violencia con el control total del pensamiento y se banalice el mal, burocratizando las conductas.

Eichmann fue el encargado de la logística de la deportación de los judíos y los gitanos hacia los campos de concentración y exterminio, en la llamada “solución final”. Al ser derrocados los nazis por los países aliados, Eichmann evadió la justicia internacional y se exilió en Argentina, primero solo, bajo otra identidad y otro pasado durante unos años, para que calmara un poco el furor de los hechos, y después preparó todo para reunirse con su familia. Años de persecución, una vez detenido y durante el juicio, fue llamativo el que Eichmann sólo hiciera mención de todo lo que tenía relación con los momentos importantes de su carrera, como si los logros o el éxito fueran los criterios que guiaban su conducta. Por consiguiente, no se pudo tener una confesión consciente y voluntaria de sus crímenes. Parecía no entender bien cuál era el delito por el que se le acusaba, declarando: “Ninguna relación tuve con la matanza de los judíos. Jamás di muerte a un judío, ni a persona alguna, judía o no. Jamás he matado un ser humano. Jamás di órdenes de matar a un judío o a una persona no judía. Lo niego rotundamente” (Arendt, 2016:41). Posteriormente teñiría su declaración con este argumento: “Sencillamente, no tuve que hacerlo”. No obstante, avanzado el proceso, también declaró: “hubiera matado a mi propio padre, si Hitler [me] lo hubiera ordenado” (Arendt, 2016).

Estas declaraciones, además de contradictorias, fueron acompañadas de clichés usados por los funcionarios de las s.s. y repetidas automáticamente, sin articulación lógica por el acusado, el cual consideraba que la obediencia hacia Hitler era una virtud, el supremo bien, por representar el respeto a las normas y opiniones establecidas por la sociedad nazi, que fundamenta el actuar. Lo anterior denuncia una falta de autonomía en la conducta, una incapacidad para pensar y juzgar, de acuerdo con la tesis escrita por Arendt.

El colapso moral que provocó en la sociedad este caso es ejemplo de lo grave de la condición humana, que lleva a cuestionar los límites de la razón y voluntad, tan defendida por la filosofía o la ciencia. Códigos morales como “no matarás” fueron sustituidos por sus contrarios, por deberes y obligaciones, ajenos a lo establecido socialmente, sin crítica ni reflexión, con tanta banalidad, que parecía un cambio de ropa:

La moral degeneró hasta convertirse en un simple conjunto de mores –maneras, costumbres, convenciones, que se podían cambiar a voluntad– no por la acción de criminales, sino por las personas corrientes que, mientras las normas morales fueran socialmente aceptadas, nunca soñaron que dudarían de lo que se les había enseñado a creer (Arendt, 2016:79).

Las leyes morales no son axiomáticas por sí mismas; la importancia del juicio en Jerusalén estriba en encontrar lo que llevó a tales sujetos a cumplir las órdenes de genocidio sin oponerse, pues “lo que había pasado podía pasarle a cualquiera: todo el mundo civilizado estaba frente al mismo problema” (Arendt, 2016). El hombre de nuestra civilización técnica y científica es como Eichmann, uno entre cualquiera, “normal” como lo habían certificado los seis psiquiatras antes del juicio: “más normal que yo, se dijo que había exclamado uno de ellos” (Arendt, 2016:46). Acontecimientos de este tenor, provocados por los totalitarismos, no sólo buscan acabar con lo que ellos consideran se debe erradicar. La deshumanización de sus víctimas también logra la deshumanización de los victimarios, al convertir a sus funcionarios en autómatas obedientes que no se detienen a pensar en el contenido de las instrucciones y sus consecuencias éticas.

Como resultado de esta polémica, entre 1961 y 1963 el psicólogo Stanley Milgram realizó una investigación encubierta a propósito, que llamó “Aprendizaje programado de la memoria y la obediencia”. Milgram se inspiró en el conductismo más radical de Skinner y Pavlov, para realizar este experimento que consistía en engañar a los participantes, llamados maestros, y torturar con electrochoques a otros participantes, actores involucrados, cómplices del experimento, con el argumento de investigar cuánto contribuye un cierto grado de dolor para el aprendizaje y el desarrollo de la memoria.

Al alumno, actor, se le amarraba a una silla eléctrica. El maestro debía administrar un toque eléctrico cada vez que respondiera de forma equivocada a un cuestionario en el que se leían tres posibles soluciones. El maestro debía incrementar la potencia de las descargas si continuaban las respuestas erróneas, de 300 a 400 volts de manera

gradual, dependiendo de los errores, a pesar de que el alumno, actuando, empezaba a quejarse abiertamente y retorcerse por el dolor: pateaba la silla, intentaba zafarse, pegaba gritos y se convulsionaba. Los maestros seguían la orden firme pero cortés del investigador, que les exhortaba a proseguir, apelando a los resultados trascendentales del experimento, así como la contribución enorme de su participación a la ciencia: los alumnos, en su mayoría (35 de 40 participantes), aceptaban continuar ante la instrucción lógica del científico. Después de aplicar las descargas máximas a 400 volts y darse por terminado el experimento, la mayoría suspiraba de alivio y preguntaba al doctor si lo había hecho bien. Los científicos navegaron cobijados bajo la consigna de hacer una contribución benéfica a la humanidad, con el permiso de la ciencia. Esta investigación dio como resultado lo que Milgram llamó obediencia a la autoridad.

El primer descubrimiento fue la tendencia a “obedecer”. Los sujetos habían aprendido desde la infancia que es una falta contra la moral dañar a otra persona, pero 26 sujetos “normales” de un total de 40, abandonaron ese principio siguiendo las instrucciones de la autoridad [el experimentador]. El segundo efecto no previsto fue la extraordinaria tensión creada por los procedimientos. Uno supondría que cualquier persona “normal” suspendería su intervención en el experimento si le molestaba tanto, pero la verdadera molestia parecía ser salirse del juego, de la “actuación” a la que se había comprometido (Milgram, 2016).

En el libro *Modernidad y Holocausto*, Zygmunt Bauman (2006:180-196) realiza un análisis de este experimento, relacionando las conclusiones de Milgram con el funcionamiento de los sistemas burocráticos en un contexto totalitario. Bauman acentúa que en un sistema burocrático los funcionarios desplazan la responsabilidad de sus actos a la autoridad, tal como se observa en el experimento; y no sólo eso, también desplazan sus preocupaciones morales. Este desplazamiento los ayuda a no tener como objeto de reflexión las consecuencias de sus acciones en su relación con los otros, ya que son desplazadas por las preocupaciones hacia el trabajo que se debe realizar y por la perfección

con que la que éste se ejecuta. De esta manera, la moral tradicional es sustituida por una tecnología moralizada, donde los valores predominantes son la obediencia, la disciplina y el deber. Cuando este tipo de valores son aprendidos por el funcionario, desplaza su conciencia moral por una conciencia sustitutiva que lo impele a cumplir bien con su labor y a obedecer ciegamente las órdenes recibidas.

Del mal en la literatura al descubrimiento freudiano

Las expresiones artísticas de finales del siglo XVIII, sobre la tesis de la bondad del hombre, marcan un movimiento que culmina en el siglo XIX que clama una subida incesante al tema de la felicidad en el mal, provocando que la casuística freudiana se encontrara con sujetos que operan bajo el rigor de una ética kantiana, muy apartada del principio del placer. Tomemos en cuenta que los primeros postulados freudianos teorizan este principio como el regulador del aparato psíquico, que empuja la homeostasis, a la estabilidad, al bienestar. Sabemos que en *Más allá del principio del placer* de 1920, Freud postula que la tendencia que mueve al sujeto no es el bienestar.

Eso mismo que el psicoanálisis revela en los fenómenos de transferencia de los neuróticos puede encontrarse también en la vida de personas no neuróticas. En éstas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar, y desde el comienzo el psicoanálisis juzgó que ese destino fatal era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia (Freud, 2007a:21).

El siglo de Freud insinúa súbitamente la idea de que hay “felicidad en el mal”. Autores como Kant y Sade producen un giro a la ética tradicional, las pasiones se dominan para estar bien, el bien es placentero, lo que llevará a la felicidad y la felicidad es el supremo bien.

El acento en las obras literarias será lo que compruebe este viraje del pensamiento en la sociedad que no cree en la bondad como parte

de la naturaleza, postura defendida por los enciclopedistas; por ejemplo, Baudelaire escribe *Las flores del mal* como una serie de apologías a la muerte. En el poema 145, “La muerte de los pobres”, dice:

La Muerte nos consuela, ¡ay!, y nos hace vivir;
 es la meta de la vida, y la única esperanza
 que, como un elixir, nos eleva y embriaga (Baudelaire, 2007:245).

Baudelaire también urdirá analogías entre el hombre y el mar, ya que ambos contienen en su alma un abismo infinito y amargo, psique insondable que guarda muchos secretos.

Y, sin embargo, durante innumerables siglos
 os combatís sin piedad ni remordimiento,
 de tal manera amáis la matanza y la muerte,
 ¡oh, eternos luchadores; oh, hermanos implacables!
 (Baudelaire, 2007:99).

Solamente en la realización del mal, ese que se manifiesta en la vida desordenada y de placeres artificiales, del coito sin amor, las relaciones homosexuales, la ausencia de esfuerzo, es posible el proceso que conduce al castigo y al perdón, y se susciten las manifestaciones de amor. Para Baudelaire, las exigencias morales son inconfundibles de los imperativos abstractos, racionales y universales. El bien es la orden despótica o autoritaria que emiten los seres superiores al sujeto moral. La obligación moral está sostenida con la necesidad de ser mandado, castigado o amado. “Existe en todo hombre, y a todas horas, dos postulaciones simultáneas: una hacia Dios y otra hacia Satán. La invocación a Dios, o espiritualidad, es un deseo de ascender de grado; la de Satán, o animalidad, es un gozo de rebajarse” (Baudelaire, 1983:47).

El hombre es ese ser dividido, entre la imposibilidad de angelizarse o bestializarse, entre el deseo de elevarse a la contemplación y la necesidad de saborear los zumos espesos del pecado, presa de esta cruel ambivalencia acaba por inmovilizarse; el bien ya no es el tema para la exploración de la condición humana.

Fausto y Mefistófeles pertenecen a esta concepción de lo humano. El mito urbano embellecido por la prosa de Goethe, forma parte de una literatura en la que no existe armonía alguna entre hombre y universo. Mefistófeles le reclama al Señor que la fatiga de los mortales, motivo de su inquietud, es porque les otorgó la luz celeste de la razón, la que se utiliza para ser más bestial que toda bestia (Goethe, 1974:8). Los seres humanos son tan infelices en su lucha entre materia y espíritu que a Mefistófeles ya no le apetece atormentarlos. Para demostrar la falsedad de estos improperios, el Altísimo cuenta con Fausto, quien en su afán de ahondar en los secretos de la tierra y en los misterios del cielo, se ha convertido en un incesante buscador de la Verdad. El diablo propondrá que Fausto no resistirá la tentación si le ofrece lo que nunca un mortal ha visto, sellando un pacto: desviar del bien al humano favorito de Dios. Una vez frente a Fausto, le acepta la propuesta: en el momento en el que él se detenga en su afán incesante y aletargarse en placeres de los sentidos, que le distraiga de la irresistible tendencia hacia ideales que Mefistófeles jamás podrá comprender, si logra que esté satisfecho consigo, “si logra seducirme a fuerza de goces, sea aquél para mí el último día. Te propongo la apuesta” (Goethe, 1974:27).

Para convencerlo, Mefistófeles se presenta como la parte de aquel poder que siempre quiere el mal y siempre obra bien.

Soy el espíritu que siempre niega, y con razón, pues todo cuanto tiene principio merece ser aniquilado, y por lo mismo, mejor fuera que nada viniese a la existencia. Así, pues, todo aquello que vosotros denomináis pecado, destrucción, en una palabra el Mal es mi propio elemento (Goethe, 1974:23).

Como sabemos, Fausto pierde la apuesta. En la lógica de una época de progreso de la Revolución Industrial, Fausto, privado de la vista, dispone a que trabajen sus empleados y los anima a fertilizar una vasta extensión pantanosa, para que el orden y la actividad no queden sin recompensa, pues sólo un genio basta para dirigir mil brazos. Convencido de la realidad de su ideal de bienestar, ganado

con el esfuerzo cotidiano en común con otros seres, Fausto se siente feliz por primera vez en su vida y muere para pagar su deuda con Mefistófeles; sin embargo, las potestades celestiales interceden cerca del Altísimo para salvar a Fausto. “Lo temporal y lo perecedero no son más que símbolos, no son más que fábula. Sólo lo Incomprensible, lo Inenarrable, lo Infinito, el Eterno Femenino salva a nuestra alma y la conduce al cielo” (Goethe, 1974:190).

El mal deja de ser considerado como un error, ahora es algo indispensable para obtener el supremo bien que se ha convertido en una necesidad. La vida puede existir en el mal sin contradicción, es la felicidad en el mal adquiriendo su sustancia dentro de la expresión literaria, por eso puede leerse en Lacan:

Que se esté bien en el mal, o, si se prefiere, que el eterno femenino no atraiga hacia arriba, podría decirse que este viraje se tomó sobre una observación filológica: concretamente que lo que se había admitido hasta entonces, que se está bien en el bien, reposa sobre una homonimia que la lengua alemana no admite: *Man fühlt sich wohl im Guten*. Es la manera en que Kant nos introduce a su *Razón práctica* (Lacan, 2009e:728).¹

Sade será el paso inaugural de una subversión, de la cual Kant es el punto de viraje, demostrando que el mal radica en la pureza de la ley, en la lectura al pie de la letra de la moral kantiana, que exige que se rebase el placer y la comodidad del sujeto, la cual no puede ser sin la violencia ejercida sobre él, la crueldad esencial del Otro, aumentando el goce del sujeto. Es la propuesta de la *Filosofía del tocador*, una regla social, republicana, donde la abolición de la propiedad del hombre sobre el hombre vaya hasta la de cada uno sobre uno y el derecho al goce sea reconocido sin límites.

¹ Lacan cuestiona lo que la ética tradicional sostiene, que se esté bien en el bien; los términos en alemán aluden al bien. Sin embargo, existe una diferencia, *Wohl*, es el bienestar, el principio del placer, sentirse bien. Para Kant la ley moral no puede basarse en este concepto, la moralidad debe sobrepasar el bienestar propio o del otro; *das Gute* es el valor, el bien que es el objeto de la ley moral, el que debe imponerse a la conciencia en todos los casos.

El libertino procurará, sólo en apariencia, no sujetarse al discurso dominante como la religión y sus costumbres derivadas, “desde el momento en que Dios no existe, ¿para qué sirve insultarlo?” (Sade, 2003:86). El libertino, (d)escrito por Sade, responde a un fantasma perverso. En la expresión de sus textos todo puede ser hecho y dicho sin límites, es el fantasma de la promesa de completud. Donatien Alphonse François de Sade lejos de ser perverso es de ordinario neurótico, es libertino en la medida en que lo que escribe rebela la cara reprimida del concepto de libertinaje: “cuando se sacrifica todo a la voluptuosidad, el desdichado individuo llamado hombre y arrojado a este mar de lágrimas, a pesar suyo, puede llegar a sembrar algunas rosas sobre las espinas de la vida” (Sade, 2003:13). Sade propone una moral irreductible por su novedad estrictamente pegada a la obediencia.

Ordena que se goce como un deber y obligación, anteponiendo a la naturaleza como la que imposibilita cualquier obstáculo al goce destructor. “La naturaleza ha querido que sólo podamos llegar al placer a través del sufrimiento; pero, una vez superada esta prueba, no hay placer mayor que ése” (Sade, 2003:32). Es necesario aniquilar al sujeto para dejar el camino libre a la naturaleza, y ofrendar la subjetividad para sostener al Otro-Naturaleza, cruel, despiadado, exigente, para ser un instrumento que ejecute la Ley Natural como un burócrata cumplido y celoso de su deber.

La verdad del imperativo kantiano es el mirar a la Ley como el Otro cruel que ordena el sacrificio, la anulación de todos los sentimientos en nombre de la moral absoluta. Estos referentes abren la brecha que lleva a Freud a teorizar sobre la característica fundamental del sujeto, su división en tanto sujeto del inconsciente, más allá del principio del placer.

El mal en psicoanálisis

Adelantamos que no existe una capacidad natural para diferenciar entre el bien y el mal; lo malo no es lo dañino o perjudicial para el yo necesariamente; también lo que se desea o que depara contento,

puede ser conceptualizado como malo. Existe una influencia exterior que determina estos conceptos en nosotros. El sujeto los debe interiorizar para que cuando se ausente ese personaje exterior, se cumpla lo que transmitió. Ese influjo ajeno es el resultado de la condición de desamparo y subordinación que tenemos frente al semejante.

Nacemos en un estado prematuro, de dependencia total, que a diferencia de otras especies es muy prolongado. Pasan años para que el hombre pueda valerse por sí mismo. Dentro de los primeros tres meses, el recién nacido tendrá la particularidad de imitar en espejo los movimientos gestuales de la madre y reaccionará a partir de la comunicación que tenga con esta función materna. Ella dará sentido a sus necesidades interpretando, de acuerdo con su deseo, lo que el niño necesita. Desde ese momento, el deseo será socializado. El niño aprenderá que lo deseado es lo que desea el semejante; mediatización del deseo del otro, la función psíquica por medio de la imagen, la cual organizará una correspondencia entre el organismo y su realidad, a esto se lo conoce como el *estadio del espejo* (Lacan, 2009b:99-105).

Lo malo estará supeditado al temor de perder la protección, la atención y el reconocimiento que brinda la función materna y se torna en castigo o desprecio; esto conducirá a cuestionarse sobre lo que desea ese semejante de mí, para poder repetir su anhelo y evitar la angustia frente a la posibilidad de pérdida de ese objeto complementario. “Este momento en que termina el estadio del espejo inaugura, por la identificación con la *imago* del semejante y el drama de los celos primordiales [...], la dialéctica que desde entonces liga al yo [*jé*] con situaciones socialmente elaboradas” (Lacan, 2009b:105). Éste es el patrón adquirido desde la infancia, que se reeditarán en todos los aspectos de la vida anímica del sujeto en el trabajo, escuela, amistades y relaciones amorosas.

En su remplazo aparece en las de su sexo la angustia a la pérdida de amor, que puede dilucidarse como una continuación de la angustia del lactante cuando echa de menos a la madre. Ustedes comprenden qué situación de peligro objetivo es indicada por esa angustia. Si la madre

está ausente o ha sustraído su amor al hijo, la satisfacción de las necesidades de éste ya no es segura, y posiblemente queda expuesto a los más penosos sentimientos de tensión (Freud, 2007d:80-81).

El hombre no es sin lo social, pero la sociedad se construye con la estructura subjetiva de un solo hombre; la psicología individual es psicología de masas, la cultura será lo que da cuerpo y sustancia al hombre, naturaleza de donde parten los ideales que deben ser cubiertos. En el momento en que nos preguntamos lo que se espera de uno en el mundo, surge una angustia por no cumplir las expectativas puestas en una existencia que fue planeada por los padres, incluso antes de nacer. Ese empuje a satisfacer las demandas del *deber ser*, crea un lazo social con todo aquello que del sujeto se relaciona o elige como destino. El temor al fracaso no es por uno mismo. La idea que surge es: “no quiero que me perciban como alguien que no logró sus metas en la vida” o “no quiero que me vean regresar fracasado”. Ese miedo hace que el sujeto amarre relaciones con el exterior, lo cual es una reedición de los momentos del desciframiento infantil sobre la forma en que las figuras parentales formaban un carácter, mostrando afecto a las conductas que más se acercan a lo aprobado por ellos y retirando el reconocimiento de afecto en momentos de desacato.

Son muchos los seres humanos que no pueden superar la angustia ante la pérdida de amor, nunca logran suficiente independencia del amor de otros y en este punto continúan su conducta infantil. La angustia ante el superyó no está normalmente destinada a extinguirse, pues es indispensable en las relaciones sociales como angustia de la conciencia moral, y el individuo sólo en rarísimos casos puede independizarse de la comunidad humana (Freud, 2007d:82).

La autoridad es interiorizada. Durante este proceso se estructura la conciencia moral; es por ello que, en el momento en que se recibe una orden y se cumple con cabalidad, desaparece la angustia y se solidifica la distinción entre el bien y el mal. En la infancia, la figura de la función paterna es de suma importancia, ya que el padre es

quien transmite la ley, vehiculiza el deseo al separar al niño de la función materna, la cual es colmar al infante de cualquier necesidad para garantizar su sobrevivencia; sin embargo, estos cuidados no pueden prolongarse por siempre y es ahí donde el padre interviene separando a la dupla madre-hijo, para que éste busque satisfacer sus necesidades por su cuenta y pueda valerse solo. Esta separación coloca al sujeto en el lugar de una falta que siempre buscará satisfacer, un vacío que no puede ser colmado y posibilita el deseo y la demanda inagotable que lo redireccione a tratar de llenar esa pregunta, por lo que quisieron de él y no pudo ser. El padre prohíbe una relación incestuosa con su ley de dominio sobre el más pequeño, garantizando el ingreso del niño a la cultura, soportada por la ley de prohibición.

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo (Freud, 2007c:36).

La conciencia moral intentará constantemente reintegrar el sentido a lo que no lo tiene, buscará eliminar las diferencias para habitar en el orden de lo igual y evitar que algo genere angustia o remita a ese momento en donde el niño fue desterrado del paraíso materno, sin saber la causa. Dicha separación genera una culpa por no poder haber sido eso que los padres desearon. En consecuencia, uno mismo se siente culpable por no realizar las metas o propósitos impuestos.

Si consideramos una vez más la génesis del superyó tal como la hemos descrito, vemos que este último es el resultado de dos factores biológicos de suma importancia: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia, y el hecho de su complejo de Edipo (Freud, 2007c:36).

El camino seguro para evitar que estos contratiempos afectivos causen más malestar psíquico es seguir con las reglamentaciones y prescripciones, así como las prohibiciones que la ley social demanda. Ello implica, por ejemplo, sostener las conductas y los pensamientos en el semejante, sobre todo en ese que parece no externar problemas, dudas o inquietudes con la vida, y se las arregla bien con la falta. A este proceso inconsciente se le llama identificación, la cual aparentemente garantiza que la angustia se oculte un poco por esa división del sujeto que ha venido articulándose y se experimente cierta tranquilidad, estando más cerca del “uno mismo”.

El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal (Freud, 2007b:99).

Si existe la persona que pudo alejarme del objeto que me complementaba, no es opción luchar contra él. Lo mejor será tratar de averiguar qué lo hace tan especial, al grado de ser el que ganó la justa edípica por el amor de la mujer amada. A lo largo de la vida anímica se podrán encontrar diferentes tipos de identificación, de los cuales el sujeto logrará servirse, por ejemplo, la identificación primaria, la más originaria de ligazón con el objeto; la secundaria pasa a sustituir la ligazón afectiva del objeto por la vía regresiva, mediante la introyección del objeto en el yo; la identificación histérica puede nacer a raíz de cualquier comunidad con la que se llegue a hacer una suma de particularidades, es decir, adoptará los rasgos que caracterizan a ese grupo, incluso los síntomas. Mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y así corresponder al comienzo de una nueva conexión (Freud, 2007b).

Una vez que se asimila a la ley como causa de deseo, parece haber una necesidad por buscar el reglamento que dé continuidad a ese lugar seguro, en donde solamente tengo que acatar reglas para man-

tener el equilibrio del reconocimiento y la aceptación aspirados. El reglamento está unido a la ley como la condición práctica de su paso a la realidad (Assoun, 2001:205). La ley debe operar como reguladora de la acción; el imperativo de Kant es para asegurar, por medio de la razón, que esa ley no sea letra muerta, apelando al deber del sujeto moral (Assoun, 2001:208).

La estructura subjetiva advierte que se necesita la ley. El ajuste del ser al reglamento crea la sensación en el sujeto de que existe un sentido unívoco, ya que el yo está constituido por la alienación con el yo ideal, en lo que le ordenan debería llegar a ser. Está compuesto principalmente por una inautenticidad necesaria, ya que no se puede tener la verdad desde el inicio de la vida, de manera inevitable la estructura nos atraparé en el espejismo (Safouan, 2004:48). Por lo tanto se necesita del suelo firme de la ley, transmitida por los semejantes, para facilitar el trayecto por medio del cual la identidad siempre se resolverá con identificaciones, en donde el individuo aparentemente será algo o alguien, al suponer que ese otro tendrá las supuestas respuestas a los enigmas faltantes (Safouan, 2004:29). El bien general es el síntoma del deseo reglamentario de la modernidad.

El rasgo unario trabajará como una señal de lo que el hombre ha debido perder, transformándose en un sujeto que busca ese objeto simbólico faltante, que no es algo material, es abstracto, innombrable e inidentificable materialmente. Señal de ese objeto faltante es el malestar que sentimos todos, incluso cuando materializamos algo que anhelamos y lo comprobamos insuficiente. El sujeto se identifica con eso que cree que le falta y que encuentra en otro sujeto, como respuesta a la falta en ser y al mismo tiempo falta en el campo del Otro. Al recibir este objeto único, surge un ideal que lo llevará a repetir conductas cargadas de la emoción anhelante de alcanzar ese propósito. “Buscará el rasgo unario que lo represente como integración y resolución de la carencia” (Braunstein, 2013:58 y 63).

Dijimos que la identificación es la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo; bajo las constelaciones de la formación de síntoma,

vale decir, de la represión y el predominio de los mecanismos del inconsciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto. Es digno de notarse que en estas identificaciones el yo copia [Kopieren] en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada. Y tampoco puede dejar de llamarnos la atención que, en los dos, la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto (Freud, 2007b:100-101).

Al identificarse el sujeto con este rasgo es un “uno”, idéntico a todos los otros unos que ha elegido, se incluye con ellos en el conjunto. Al mismo tiempo, ha adquirido la capacidad de distinguirse de los otros. Con ello, el sujeto hace valer su particularidad a través de un solo rasgo cualquiera. A partir de él se constituirá el ideal del yo, el modelo al que el sujeto intenta adecuarse. El rasgo unario será el soporte de la diferencia, mientras que lo Uno es el que soporta la identidad ($A = A$), organizador de la unificación (Dor, 1985:87-92).

El corte paterno, operado por la función descrita anteriormente, permitirá la renuncia a las necesidades orgánicas, de índole pasivo. Éstas contarán con un sustituto simbólico que pueda reemplazar por medio del lenguaje, el lugar perdido en la relación de complemento materno. Dicha sustitución permitirá la abstracción de los objetos que rodean su mundo, pues al nombrarlos no necesitará de ellos, la palabra matará a la cosa, producto de la representación originaria, en un movimiento metafórico donde el objeto que colma el deseo de la madre se mueve de lugar en esa relación y por medio de la interiorización de la ley que sustituye la completud perdida por la búsqueda perenne de eso que se fue. “La cosa debe perderse para ser representada” (Dor, 1985:104) escribirá Jöel Dor citando a Lacan. Este proceso posibilitará el interminable encadenamiento de los eslabones del habla, lo cual nunca hubiera sido posible si la privación de la completud no operara. El deseo se alienará en el lenguaje, pasando del ser objeto a querer tener el objeto.

En efecto, a lo que autoriza el texto de la ley, le basta con estar, por su parte, a nivel de significante. Es lo que yo llamo el Nombre del Padre, el padre simbólico. Es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya la ley, que promulga la ley. Es el Otro en el Otro (Lacan, 2009f:150).

La represión será el mal que advertirá Freud, rompiendo con los paradigmas del bien como placer y la búsqueda voluntaria de éste en todos los hombres, pues desde las estructuras familiares se violenta algo de la naturaleza del hombre al ser desterrado del paraíso. Ese estatuto originario en todos los sujetos llevará a Freud a hablar sobre un mal-estar en la cultura. La creencia incesante y fantasmática de que es posible recobrar esa completud, y las repetidas afirmaciones de su imposibilidad llevarán al hombre a debatirse en la orden superyoica de no querer saber nada de eso perdido, procurándose las mayores distracciones posibles y placeres momentáneos para no experimentar esa incomodidad, en la cual nada apacigua a lo que se intuye mal en el mundo y en la existencia, al no poder ser uno con el Otro.

Es imposible ser dueño de la verdad absoluta, total y definitiva. La insoportable levedad de la falta en ser se convertirá en impotencia desesperada experimentada en la momentánea satisfacción de los quehaceres cotidianos. El mal se reparará en esa dificultad de encontrar un bien que colme todas las dificultades, en la evanescente alegría en el momento en el que lo anhelado se concreta. Si la completud fuera posible, se carecería de deseo y se eliminaría lo que nos empuja a vivir, que es seguir buscando lo perdido y con ello la muerte de todo lo que nos hace diferentes; sería el regreso al estado primitivo, al cero absoluto, sin necesidad de nada como un objeto. La fusión plena produce una parálisis que detendría el movimiento del deseo, buscar el bien supremo sería provocar el supremo mal para el sujeto.

“El goce es esa forma particular de satisfacción que en verdad es preciso suponer entonces que repetimos hasta lo más penoso” (Che-

mama, 2008:23). La búsqueda de lo bueno produce continuidad absoluta, afirmación pura y sin límite, lo que significa que todo es muerte, inmovilidad, estancamiento. La noción del mal produce discontinuidad, irrupción para que exista movimiento en la vida; perder significa moverse de lugar para poder ganar algo, esa negatividad es el soporte del hombre. El psicoanálisis afirma un más allá de lo orgánico, de la simple adecuación, adaptación a los estímulos del mundo, más allá del principio de placer. El bien es una exigencia de la modernidad, una obligación que se debe alcanzar, imperativo que culpa al propio sujeto por no hacer lo posible por ser feliz, el bien y la felicidad son parte del discurso político cotidiano.

Los testimonios del caso, un encuentro con la modernidad y con la ciencia. Culpar al Otro

En realidad el hecho de que el otro desaparezca es un proceso dramático, pero se trata de un proceso que progresa sin que, por desgracia, muchos lo adviertan.

Byung-Chul Han

Se ha estado articulando el fundamento de la relación de filiación desde los complejos familiares, fundamental para entender la dependencia que existe entre las personas y el Estado, dirigido por un “poder paterno”, amo político que tiene como ideal ser el primer motor, al que no lo mueve otra cosa que su deliberación, el que no se somete a un significativo amo que no sea el suyo.

Así, el llamado “pelotón de la muerte”, una vez detenido y durante el proceso judicial, muy desaseado y lleno de obstrucciones, de acuerdo con la revista *Proceso* (2013b), los militares insisten en que sólo recibieron las órdenes transmitidas por el entonces titular de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), quien habló en nombre del presidente Felipe Calderón.

Las actas ministeriales que se dan a conocer a la opinión pública, vía medios de comunicación, contienen algunas declaraciones que muestran cómo es que el sujetado a la política está supeditado, por

condiciones estructurales, a las órdenes de un semejante posicionado en la esfera del Otro, favorecido por la modernidad y el discurso de la ciencia, prometiendo la completud anhelada, incluyendo la toma de decisiones, exentándolos de responsabilidad, convirtiéndolos en *almas bellas* que no reconocen la razón de su ser en el desorden que denuncia en el mundo (Lacan, 2009c:272); no por ello menos culpables. Uno de los acusados, el comandante de la Tercera Compañía de Infantería No Encuadrada (CINE), argumentó que a finales de 2008 fue testigo de una reunión de generales donde se mandó actuar con mano dura contra los narcotraficantes por órdenes del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (Calderón); la instrucción del alto mando del ejército fue “innovar los métodos de trabajo contra los narcotraficantes” (Proceso, 2013b). Un mayor de infantería señalado de haber formado parte del “pelotón de la muerte” da las mismas razones e insiste en que las actuaciones del ejército en Chihuahua fueron conforme a las órdenes salidas de Los Pinos y de la Sedena.

El poder exige el eclipse del sujeto y ejerce su tiranía a través de la razón. Así, se vuelve mortalmente serio, neutro como un administrador, encargado de suprimir las individualidades a tal grado que el sujeto ya no tendrá que asumir lo que su pensamiento tiene de “trastorno” y su vida de “dificultad”. Es el intento de un programa totalitario (Assoun, 2001:222-224).

En audiencia, el segundo comandante de la CINE, declaró: “Todas las órdenes que se recibían deberían ser cumplidas [pues] venían directamente del Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas [Calderón]”. Y añadió: “Cuando se me da una orden y estoy consciente y tengo conocimiento de que es ilegal, no estoy obligado a cumplirla; sin embargo, cuando las órdenes vienen desde el Mando Supremo en ninguno de los casos es cuestionada” (Proceso, 2013b).

La tesis del *Otro que no existe* puede servir para pensar este régimen político de la cultura contemporánea que denuncia el faltante de referencia moral y la exigencia de múltiples goces. Hay dos tendencias o proyectos sociológicos: la que toma las normas y las instituciones como leyes del orden simbólico, y en el otro extremo el proyecto moderno que parte de los semejantes como criterio y

comités de ética, para imponer las generalidades de lo que es bueno o malo, normal o patológico, donde no se parte del Otro,² sino de acciones del individuo, considerando las normas sociales de estas múltiples acciones individuales, herencia del imperativo kantiano.

De acuerdo con nuestra tesis de partida, nos presentamos aquí de a dos para debilitar, hacer vacilar, socavar al Otro, para mostrarlo en su ruina y, al mismo tiempo, para constituir y representar el comité, para manifestar que la inexistencia del Otro inicia precisamente la época de los comités, en la que hay debate, controversia, polílogo, conflicto, esbozo de consenso, disensión, comunidad –confesable o inconfesable–, parcialidad, escepticismo sobre lo verdadero, lo bueno, lo bello, lo real (Miller, 1988:10).

El intento de hacer inexistente al Otro implica obturar el deseo; es decir, que cada quien cree a su Otro a partir del lenguaje y con unos interlocutores concretos, como comités que acuerden qué es correcto y pasen de largo las leyes y las sustituyan por acuerdos entre semejantes. Así, el otro del Otro se construye con el resto que le es inaccesible al sujeto. Estos semejantes pretenden enfrentar con sus criterios el presente, con solución inmediata y sin algo que se le escape gracias a la cifra contable y a la evaluación permanente, que el goce sea medible y calculable, por medio de la rendición de cuentas.

Los testimonios documentados en el expediente judicial del caso “pelotón de la muerte” son congruentes con las relaciones de orden y obediencia, que habrían originado el entramado de complicidades y la ejecución de órdenes ilegales.

² El otro con minúscula es un reflejo, una proyección del yo; simultáneamente, el semejante y la imagen especular. Es del orden imaginario. El gran Otro designa la alteridad radical, la que trasciende a la otredad ilusoria de lo imaginario: no puede asimilarse a través de la identificación. Lacan equipara esta alteridad con el lenguaje y la Ley; por ende, el gran Otro está inscrito en el orden simbólico. Hay que distinguir, por lo menos, dos otros: uno con O mayúscula, y el otro con o minúscula que es el yo; en la función de la palabra de quien se trata es del Otro.

El general, comandante de la guarnición, nos decía que los cateos sin orden de un juez estaba permitido desde arriba, sin saber a quién se refería, que debíamos obtener resultados a toda costa y que esto se hace en toda la república mexicana, insistiendo constantemente de que en Ciudad Juárez obtenían resultados y a cada rato y nosotros cuándo y que ahí los procedimientos fuera de la ley eran normales y que no iba a haber problema, que así lo hiciéramos, que era en todas partes (Cadenademando.org, 2019).

Se construye, o mejor dicho se interpreta, el saber con los elementos que se tienen, el significante *amo* se separa del saber y sólo con eso se produce una nueva invención o realidad para el hombre, al que se le han arrebatado los atributos, intentando transmitir puros significantes, cuando sólo se llega a transmitir la falta. Por lo tanto, si se parte de una completud teórica sostenida o apuntalada por la tradición académica, filosófica y científica, se habla de desestimar esta transmisión y aceptación de la falta, por lo que habrá un vacío, un abismo.

Las identificaciones hechas por el sujeto reflejarán los reacomodos y ajustes que su realidad psíquica construyó, proporcionando coordenadas precisas para que surjan los juicios de valor, la moral, la noción de lo estético, la ética, es decir, criterios definidos de lo que es bueno y malo. Dotado de este programa se interpretará el medio en el que se desenvuelva. La diferencia está en la lectura con la que se pretenda explicar el fenómeno del proceso psicológico en el hombre; la explicación de que existe posibilidad de saber absoluto, de unidad cultural, de la posibilidad de un idioma sin malentendidos, que la vida puede transcurrir sin complicaciones, es la noción de hombre que se trabaja en las ciencias humanas.

El sujeto del psicoanálisis, en cambio, es el que está sujetado al lenguaje, a la ley, a la cultura, al malestar y que, a partir de su relación con el lenguaje, será la forma sintomática en la que se haga lazo con el exterior. Para ello tiene tres posibilidades: psicosis, neurosis y perversión; “un síntoma histérico se funda en una fantasía, y no en la repetición de un vivenciar real; la consciencia de culpa, en la neurosis

obsesiva, se funda en el hecho de un mal designio que nunca llegó a ejecutarse” (Freud, 2007b:76). Para el sujeto no vale la realidad objetiva, si no la realidad psíquica. El inconsciente es lo que estructura al sujeto. En la otra lectura, el hombre se relacionará de acuerdo con su posicionamiento en la sociedad, de su género, edad, nacionalidad, periodo histórico, etcétera. Consciencia, voluntad y razón definen al hombre. Los síntomas se interpretarán como desadaptación, a eso que naturalmente le fue dado y en lo que no logra funcionar. Rechazar la patología (afectos, amor, odio, ternura, piedad) es eliminar el mal. La apatía es la condición indispensable de la virtud, escribió Kant en algún docto lugar de su filosofía.

La modernidad que encuentra respuestas absolutas en la filosofía y en la ciencia positivista, se caracterizará por hacer equivalentes a la conciencia como voluntad y a ésta como libertad. Desde Hegel se planteaba que la historia de la humanidad consiste en el desarrollo progresivo del espíritu, el cual se hace cada vez más consciente de sí mismo, y al hacerlo descubre que su esencia no puede ser otra más que la libertad, la cual sólo puede alcanzarse en el seno de un Estado moderno (González, 2012:83). Lacan quiere demostrar que en ese “movimiento que lleva al hombre a una conciencia cada vez más adecuada de sí mismo, su libertad se confunde con el desarrollo de su servidumbre” (Lacan, 2009a:179).

Milner en *La obra clara* propone la escritura del psicoanálisis como una antifilosofía, puesto que para Freud la filosofía no fue del todo un apoyo frecuente. En su obra son más habituales las referencias al arte y a la literatura, a diferencia de Lacan, en cuyo trabajo la filosofía aparece inseparable. Sin embargo, no se puede hacer teoría sin la filosofía. El psicoanálisis no sólo tiene el derecho, sino el deber de hablar de lo que habla la filosofía, porque tiene exactamente los mismos objetos (Milner, 1995:159).

La ciencia moderna es la ciencia de Galileo, una física matematizada. Por ello todo lo moderno, como concepto, es lo sincrónico con la ciencia galileana (Milner, 1995:40-41).

Porque hay ciencia hay psicoanálisis, el sujeto de la ciencia es el sujeto con el que trabaja la clínica analítica. Esto puede ser claramente

develado si establecemos lo moderno como lo que da prioridad a todo alejamiento con el cristianismo, valores, creencias antiguas y se apega a la razón científica; que pasa por Descartes en tanto filósofo de la modernidad, cuya obra está ordenada con los elementos adecuados para dar paso al método científico, apoyado en el *cogito*, un edificio que albergará todo privilegio a la consciencia como testimonio de la Verdad. El *cogito* cartesiano no sólo es la fórmula que constituye la reflexión histórica sobre la ciencia y su afirmación de existente, es también una posición de objeto y mecanismo la que se adquiere. “Sin duda los filósofos habían aportado aquí importantes correcciones, y concretamente la de que en aquello que piensa (*cogitans*) nunca hago otra cosa sino constituirme en objeto (*cogitatum*)” (Lacan, 2009d:483).

El pensamiento de la ciencia necesita aquello que el *cogito* testimonia. Inventando al hombre moderno, sujetado a una ciencia a la cual Freud se va a dirigir dentro de sus indagaciones, “el sujeto freudiano, en la medida en que el psicoanálisis freudiano es intrínsecamente moderno, no podrá ser otro que el sujeto cartesiano” (Milner, 1995:41). La lógica moderna es una tentativa de saturar al sujeto de la ciencia, de prometerle la facilidad y la completud, siempre que ésta siga avanzando, correlato antinómico, puesto que la ciencia se define por no tener éxito al suturarla.

Las reiteraciones comprueban a la realidad como inabarcable, inexplicable en su totalidad, llena de absurdos errores. La decadencia de los ideales y valores tradicionales, ocasiona que se recurra a ellos de manera teórica y desde lejos para discernir lo bueno de lo malo y tratar de recuperar sus conceptos, perdidos por la promesa de completud y bienestar del discurso científico, no de la ciencia como método, sino de los que se colocan como representantes del saber absoluto y sostienen que hay una forma en que todos los males pueden ser erradicados. De ahí surgen los comités de ética, que hacen la ley ante la caída del Otro, favoreciendo la práctica de argumentos como: “no me digas cuál es la ley, dime quién es el juez” (Miller, 1988:96). El semejante se coloca por delante de la Ley para ocultar su desaparición y posibles fallas. El Otro es nosotros cubriendo la ignorancia de lo que se debe hacer, con lo que implica ser en el mundo.

El mayor a cargo del “pelotón de la muerte” asegura que:

Los mandos que ejecutan las órdenes de los comandantes no pueden tomar decisiones con base en su propia evaluación de situaciones, teniendo que ejecutar única y exclusivamente la orden que recibe del superior, aun cuando sea visiblemente ilegal y se cause graves daños a la seguridad de las tropas y a la población civil (Cadenademando.org, 2019).

Si se siguen las prescripciones del semejante, posicionado en el lugar más allá de la ley, nada va a faltar. Para tapar la angustia del sujeto dividido por la estructura, represión primordial, se aspira a la identificación con lo Uno, lo Uno de la verdad impuesta por la ciencia y la tecnología del hombre, no del sujeto. Está obligado a identificarse con un significativo amo, el cual es llevado por la lógica mercantil a la destrucción para convertirlo en instrumento del otro que no admite error o equivocación. La precisión es la virtud máxima, pues subordina al hombre al mundo de la máquina, al imperativo de producir, a los universalismos que toman un poco de todo para obtener un saber completo sin fallas (Gallo y Ramírez, 2012:87). En un mundo que se caracteriza por la importancia de la producción, a la que el hombre estará dependiendo como un *slogan*, se pierden todos los atributos, las diferencias, la subjetividad.

El lugar de perfección, del proyecto moderno de la cultura, está sostenido en ideales acordes con una voluntad conforme a la pulsión de muerte (ideal de completud) y sus excesos, lanzando al sujeto a una caza permanente de un plus de goce. Goce y cultura están relacionados, Lacan rubrica este vínculo como “un sistema de distribución de goce a partir de semblantes” (Miller, 1988:18). Los conceptos que permiten articular un pensamiento entre lo subjetivo y lo social, con los que goza la cultura, serán pulsión y superyó. Así, el sujeto y su goce no se forman fuera de una relatividad sociológica.

El lugar del padre como el que demarca las leyes e impone orden, acotando el deseo, es el que ha tratado de sustituir el discurso político moderno al colocarse por encima de él, planteando que no hay ley que pueda ser modificada por el hombre o verdad que no pueda

ser descubierta. La promesa del bien mayor en el discurso político es el umbral de todo discurso totalitario.

En el proceso penal, uno de los acusados por los soldados de darles órdenes ilegales, habló sobre la normalidad con que los mandos no ponían a disposición cosas decomisadas –como armas y vehículos– y de cómo esos hechos los conocían el comandante de la guarnición, el comandante de la zona y el comandante de la región.

“De todo esto (los decomisos y el no poner a disposición) ya estaba enterado y yo lo controlaba por mis funciones propias de ser el comandante de la Unidad y porque así se me ordenó por parte del comandante de la Guarnición, procedimiento con el cual no estuve de acuerdo con esas formas de operar y cuando así lo manifestaba, el general respondía diciéndome ‘no tengas miedo, que así se está haciendo en todas partes’” (Cadenademando.org, 2019).

El psicoanálisis “reconoce la gran neurosis contemporánea, determinada principalmente en esa época por la carencia del padre, cuya personalidad está ausente, humillada, dividida o es artificial” (Julien, 2000:28). Esta estructura posibilita que el sujeto se identifique fácilmente con las personas que prometen un orden que está más allá de las leyes. No sería difícil inferir que algunos sujetos se dejen envolver en una obediencia inconsciente para ganar el reconocimiento de esa autoridad. En el régimen nazi, por ejemplo, el imperativo categórico de Kant fue sustituido por el siguiente axioma: “Obra de tal modo que, si el Führer te viera, aprobara tus actos”. El deseo de Hitler fue la nueva fuente del derecho que legalizó la injusticia y el crimen, haciendo inexistente al Otro.

Más que a su conciencia moral, sujetos como Eichmann o el “pelotón de la muerte” prestaron atención a esta nueva formulación del imperativo, y con ello demostraron la fuerza que tiene la estructura para que estas condiciones puedan tener una posible vía de discusión; el policía que reprime, el político que abusa del poder, el militar que “obedece órdenes”, evidencian cómo es ceder ante el deseo, tal y como en la temprana infancia, pensando en agradar y ser reconocidos

por los padres, los primeros Otros, representantes de la ley, para que no nos quitaran su amor. La estructura psíquica permite que se pueda estar bien en el mal y no notarlo.

Cuando el hombre no se preocupa por la ley está separado del Otro (ocupándose mejor de estar identificado y del lado del que hace la ley, el otro), se produce un vacío que delata las “formas y los modos de desconexión entre el sujeto y el Otro” (Recalcati, 2003:11). La exigencia de este empuje al bien absoluto como un deber y su imposibilidad favorece las posturas más radicales como el totalitarismo, ya sea en la política, en la religión o en el consumo desmesurado de objetos-fetiches, impuesto por la mercadotecnia.

A manera de conclusión

El título que se eligió pretende hacer eco a lo que Lacan llamó estar feliz en el mal.³ En un país se puede ser feliz cuando el deseo es cedido a un Amo al que se puede culpar de todo lo que marcha mal, que mantenga las necesidades materiales básicamente satisfechas y que deje ver un lugar Otro que sirva como ejemplo de bienestar total. “Que la felicidad se ha convertido en un factor de la política es una proposición impropia” (Lacan, 2009e:746). Siempre lo ha sido y volverá a serlo. La búsqueda del “supremo bien” lleva a la felicidad del hombre, colocándose en el campo del principio del placer. Lo único que la socava es la presencia de un más allá de este principio. En este sentido, “la felicidad” está sostenida en la incapacidad o en la falta de disposición del sujeto, para hacer frente a las demandas y consecuencias de su deseo, “el precio de la felicidad es que el sujeto quede atrapado en la inconsecuencia de su deseo” (Žižek, 2008:52).

³ Jules Barbey d’Aureville (1808-1889) escribe *Las diabólicas*, libro compuesto por seis relatos. En uno de ellos, “La felicidad en el crimen”, Barbey d’Aureville argumenta que la vida humana puede tener sentido en el mal. El relato inicia con un matrimonio ideal, más allá de los cuarenta, atractivos, vehementes y felices después de una larga vida conyugal, su felicidad se basa en la complicidad de un crimen, el asesinato de la primera esposa del conde.

La felicidad está elevada a la categoría del ser, es agrado sin ruptura subjetiva, como la define la razón pura. Esta definición excluye a todo aquel que no renuncie ante su deseo y provoca el borramiento de toda subjetividad, para que el hombre, más que hablar, sea hablado por el otro. Los integrantes del “pelotón de la muerte” son producto de la moral kantiana, donde el bien gira en torno al principio supremo de la obligación, al haber cedido su deseo. Bajo este orden de las cosas, el sujeto parece buscar no hacerse responsable en su actuar, es culpable, al menos desde la perspectiva analítica. “Lo que yo llamo ceder en su deseo se acompaña siempre en el destino del sujeto [...] de alguna traición” (Lacan, 2013:392). Tolerando que a ese amo al que se le consagró traicione sus expectativas, que no haya cumplido con lo prometido: alejar el mal de la castración para no saber nada de ella, recordándonos que no es el mal, sino el bien, lo que engendra culpabilidad (Lacan, 2012:570). Desde el psicoanálisis lo que se busca es que se articule lo indecible del mal, devolver la libertad cedida, ante las órdenes del deber universal.

La paradoja de la libertad estriba en que el sujeto está sujetado a una serie de condiciones que lo determinan, debe someterse libremente a las órdenes del semejante, para que “por tanto –cumpla por sí mismo– los actos y los gestos de su sujeción. Sólo hay sujetos para y por su sujeción. Por esto –camina por sí mismo–” (Althusser, 1976:148). Sin embargo, existe una posibilidad de establecer las reglas de su determinación, la libertad es la posibilidad de someterse libremente a su deseo. La teoría que se elabora en el psicoanálisis intenta introducir en la política lo que en su práctica excluye (al sujeto del inconsciente y al sujeto del deseo) con la suave locura del bienestar racionalizado, remando contra la corriente de la modernidad, enfrentando a la perjudicada subjetividad, denunciando la revocación del sujeto de lo real, idealizando imaginarios que perpetúan la servidumbre voluntaria, continuando con la alienación social para que pueda emerger ese sujeto que se da el trabajo y la perturbación de desear por su cuenta (Assoun, 2001:237).

Es deseable que como teóricos y ciudadanos podamos colaborar con la propuesta de transformación actual, desvelando el carácter

eminentemente problemático de las utopías políticas que, ya sea por ingenuidad (al pretender cumplir la fantasía de completud y armonía) o por intentar totalizar con la fuerza y la intimidación una obediencia ciega, acometen vehiculizar la utopía de complementariedad; por ello, es importante proponer la exploración de una teoría política que se reconozca como una de “esas profesiones ‘imposibles’ en las cuales se está de antemano seguro de que los resultados serán insatisfactorios” (Freud, 2007e:249). Sin caer en pesimismo o posturas cínicas se puede reconocer que la armonía perpetua es insostenible, pero también es una posibilidad de la democracia misma. Podría ser valioso que se pueda discutir la propuesta del texto en un espacio de mesa de trabajo o discusión colectiva. Los testimonios merecen la convocatoria de otras miradas junto con la que el texto plantea, ya que el psicoanálisis en este tipo de trabajos de la esfera política se encuentra con lo siguiente:

En lugar del análisis concreto de las condiciones sociales reales externas –la familia patriarcal, su papel en la totalidad de la reproducción del sistema capitalista y demás–, se nos ofrece la historia de los estancamientos libidinales no resueltos; en lugar del análisis de las condiciones que llevan a la guerra, se nos ofrece la “pulsión de muerte”; en lugar del cambio de las relaciones sociales, se busca una solución en el cambio psíquico interior [...] En esta perspectiva, la lucha misma por el cambio social es denunciada como una expresión del complejo de Edipo no resuelto (Žižek, 2003:12).

De acuerdo con los últimos reportes, en marzo de 2017, 13 de los 31 miembros del “pelotón de la muerte” obtuvieron su libertad por falta de pruebas; los 18 restantes se encuentran en prisión, acusados de ser autores materiales. El general recibió 52 años de prisión por actos de lesa humanidad. El mayor de infantería quien ordenó la mayoría de los crímenes, sigue su proceso bajo la justicia civil federal (Lasillarota, 2019).

Nosotros con esto concluimos; sin embargo, la tarea recién comienza.

Referencias

- Althusser, Louis (1976), *La filosofía como arma de la revolución*, Siglo XXI Editores, México.
- Arendt, Hannah (2016), *Eichmann en Jerusalén, un estudio sobre la banalidad del mal*, Penguin, México.
- Assoun, Paul-Laurent (2001), *El perjuicio y el ideal*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Barbey d'Aureville, Jules (2008), *Las diabólicas*, Sexto Piso, Madrid.
- Baudelaire, Charles (1983), *Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos*, Visor de Poesía, Madrid.
- Baudelaire, Charles (2007), *Las flores del mal*, Edimat, Madrid.
- Bauman, Zygmunt (2006), *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid.
- Blauberg, Igor (1975), *Diccionario de filosofía marxista*, Cultura Popular, México.
- Braunstein, Néstor *et al.* (2013), *El discurso del psicoanálisis*, Siglo XXI Editores, México.
- Chemama, Roland (2008), *El goce, contextos y paradojas*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Cicerón, Marco Tulio (2015), *Del supremo bien y del supremo mal*, Gredos, España.
- Dawkins, Richard (2012), *El espejismo de Dios*, Espasa, Madrid.
- Dor, Jöel (1985), *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*, Gedisa, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2005), *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México.
- Freud, Sigmund (2007a), “Más allá del principio del placer”, en *Obras completas*, vol. XVIII, [1920-1922], Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2007b), “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, vol. XVIII, [1920-1922], Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2007c), “El yo y el superyó (ideal del yo)”, en *Obras completas*, vol. XIX, [1923], Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2007d), “32a conferencia. Angustia y vida pulsional”, en *Obras completas*, vol. XXII, [1932], Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2007e), “Análisis terminable e interminable”, en *Obras completas*, vol. XXIII, [1937], Amorrortu, Buenos Aires.

- Gallo, Héctor y Elkin Ramírez (2012), *El psicoanálisis y la investigación en la universidad*, Grama, Buenos Aires.
- Goethe, Johann Wolfgang (1974), *Fausto*, Porrúa, México.
- González Calero, Pedro (2012), *Política para bufones*, Ariel, México.
- Julien, Philippe (2000), *Psicosis, perversión, neurosis. La lectura de Jacques Lacan*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Kant, Immanuel (2010), *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Gredos, Madrid.
- Lacan, Jaques (2009a), “Acerca de la causalidad psíquica”, en *Escritos*, vol. 1, [1946], Siglo XXI Editores, México.
- Lacan, Jacques (2009b), “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos*, vol. 1, [1949], Siglo XXI Editores, México.
- Lacan, Jacques (2009c), “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos*, vol. 1, [1953], Siglo XXI Editores, México.
- Lacan, Jacques (2009d), “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos*, vol. 1, [1957], Siglo XXI Editores, México.
- Lacan, Jacques (2009e), “Kant con Sade”, en *Escritos*, vol. 2, [1962], Siglo XXI Editores, México.
- Lacan, Jaques (2009f), *Seminario, Libro 5. Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, Jaques (2012), “Televisión”, en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, Jaques (2013), *Seminario libro 7. La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.
- Milgram, Stanley (2016), *Obediencia a la autoridad. El experimento Milgram*, Capitan Swing, Madrid.
- Miller, Jacques-Alain (1988), *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires.
- Milner, Jean-Claude (1995), *La obra clara, Lacan, la ciencia, la filosofía*, Manantial, Buenos Aires.
- Nietzsche, Friedrich (2004), *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid.
- Nietzsche, Friedrich (2015), *Más allá del bien y del mal*, Gredos, Madrid.
- Recalcati, Massimo (2003), *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*, Síntesis, Madrid.
- Rousseau, Jean-Jacques (2015), *El contrato social*, Gredos, Madrid.

- Sade, Marqués de (2003), *Filosofía en el tocador*, Ediciones escolares, Madrid.
- Safouan, Moustapha (2004), *De los fundamentos del psicoanálisis*, Nueva visión, Buenos Aires.
- Savater, Fernando (2004), *El valor de elegir*, Ariel, Barcelona.
- Žižek, Slavoj (2003), *El sublime objeto de la ideología*, [1989], trad. Isabel Vericat Núñez, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Žižek, Slavoj (2008), *Bienvenidos al desierto de lo real*, Akal, Madrid.

Documentos

- Cadenademando.org (2019), *Cadena de Mando*, [<http://cadenademando.org/cadena-de-mando.html>], (fecha de consulta: 22 de abril de 2019).
- Lasillarota.com (2019), *El pelotón de la muerte: Los militares que torturaban y asesinaban "criminales"*, [<https://lasillarota.com/nacion/el-pelotn-de-la-muerte-los-militares-que-torturaban-y-asesinaban-criminales/292021>], (fecha de consulta: 12 de julio de 2019).
- Proceso (2013a), *El "pelotón de la muerte", soldados con licencia para matar*, [<https://www.proceso.com.mx/330488/el-peloton-de-la-muerte-soldados-con-licencia-para-matar>], (fecha de consulta: 9 de enero de 2019).
- Proceso (2013b), *Caso "pelotón de la muerte": la Sedena encubre a Calderón y a Galván*, [<https://www.proceso.com.mx/358050/caso-peloton-de-la-muerte-la-sedena-encubre-a-calderon-y-a-galvan>], (fecha de consulta: 12 de febrero de 2019).

Fecha de recepción: 12/08/19
 Fecha de aceptación: 12/11/19